

Fleur Jaeggy

EL DEDO EN LA BOCA y LAS ESTATUAS DE AGUA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FLEUR JAEGGY
EL DEDO EN LA BOCA
y LAS ESTATUAS DE AGUA

Traducción de M.^a Ángeles Cabré

TUSQUETS
EDITORES

Índice

El dedo en la boca

I.....	11
<i>Un petit vice contrarié</i>	26
Armance	31
II	37
Fagocitación	39
De «Una forma de entusiasmo»	47
III.....	57
La mona albina	68
IV.....	81
El suicidio	88
V	91
Diálogos para el final del libro	93

Las estatuas de agua

I..... 103

II 151

Epílogo 207

Mirando el trenecito amarillo, Lung reflexiona acerca de una posible eventualidad, por ejemplo, que tuviera que recorrer las vías en sentido contrario, la propia posición no cambia y ese y no otro es un lugar fijo, las maletas permanecerían en alto sin perder el equilibrio, y la persona que estuviera sentada justo enfrente de nosotros, dado que el compartimento es para todos, no perdería estabilidad, el paisaje sigue siendo el que es, ni siquiera existe un sentido contrario, o bien pensamos que la locomotora deliberadamente quiere llegar a una estación, digamos tipo Teufen, AR, Appenzell, partiendo desde un punto distinto, es decir, simplemente desde atrás, pienso entonces que el pequeño Hans de Freud no se equivocaba en absoluto.

—¿Qué mal puedo haber cometido yo para encontrarme aquí con mi primo Felix?

—Porque verás, querido, no es que yo piense como el pequeño Hans, aunque la historia me guste enor-

memente, sino que se trata tan solo de un gusto personal, o quizás de una tendencia mía hacia, ¿hacia qué, Felix? Me gusta tomar el té y charlar, sabes que eres la persona que más adoro en este mundo, en este mundo de invernaderos que se extienden frente a nosotros, hacia el fin del mundo, de praderas que llegan hasta los glaciares, como la Jungfrau, con estas vías monótonas de las que conozco el trazado de memoria; del cróquet, juego delicioso, y después está nuestro, cómo llamarlo, alojamiento, hotel, residencia, no quiero ni siquiera saber adónde demonios va a parar este sendero, ni llegar a la carretera. Pero querría saber cómo se las apaña aquí un chico como tú que tiene la manía de los coches, Alvis Cooper o no sé qué otros.

—Si es solo por esto, querida Lung, estoy convaleciente. Juguémonos al cróquet mi Cooper, aun sabiendo que eres tremendamente buena, de modo que no tendrás ningún motivo válido para hacer comentarios sobre mí. Estoy bien en este cuadradito verde y plateado, con los horarios, y un día habrás acabado definitivamente con esta correspondencia con tu padre, con este, cómo lo llamas, fracaso personal tuyo; entonces iremos hacia la carretera y llegaremos al mar.

—Se puede llegar al mar incluso con cierta tranquilidad, puede que te estés volviendo neurasténico; ahora déjame en paz con mi dedo en la boca y cuéntame una historia.

—Mirando el tren amarillo, he pensado en volver a pintarlo para confundir las estaciones, los horarios y al jefe de estación; eso pensaba el viejo Jochim antes del delito.

—Repítelo una vez más.

Yo, Lung, tengo un defecto que cultivo bastante. Los demás lo formulan así: tiene la manía de chuparse el dedo. Pero no es del todo cierto, porque si resulta que veo a alguien con el dedo en la boca, me molesta lo indecible, incluso le cortaría el dedo sin tener en cuenta las consecuencias. Sé perfectamente que mi responsabilidad sería enorme, porque si uno está acostumbrado a chuparse el pulgar, difícilmente podrá acostumbrarse a otro dedo, y no creo exagerar si digo que le sería igual de difícil acostumbrarse a la otra mano, es decir, al otro pulgar. Es una costumbre que solemos adoptar de niños, cuando somos muy pequeños, pero no sé bien por qué tantos adultos siguen encontrándole el gusto. El pulgar crece.

Es cierto que resulta feo de ver, aunque depende de quién, y además hay cosas peores, no soporto al que se muerde las uñas desesperadamente o, por así decirlo, con avidez; me molesta y, en cambio, la toman conmigo si me ven por casualidad con el dedo

en la boca, acaso pensativa, acariciándome la nariz con el índice, y quizás apretándola.

Siguen haciéndome preguntas, a mí, a quien durante años nadie ha dirigido la palabra, ni siquiera en la escuela, pues estudiaba en casa a causa de mi delicada salud, y tampoco estaba acostumbrada a desenvolverse en medio de una colectividad.

Pero, desde hace algún tiempo, tengo una duda, y es esta, puedo explicarla ahora mismo sin preámbulos ya que, de otro modo, puede resultar absurdo dudar del sentido común de esta gente que me rodea incluso solícitamente. Admitamos que yo tenga desviaciones, poco probables, vista la propia condición del defecto formulado, ¿podemos basarnos eventualmente en el hecho de que me hayan visto con un dedo en la boca?

No creo...

De todos modos, no importa, estoy aquí con mi primo Felix, hemos crecido juntos, de vez en cuando estamos muy eufóricos, melancólicos, desconectados ligeramente; en cualquier caso, no podríamos vivir en el mundo, aparte de que no pensamos que tengamos estos problemas, lo decía por decir.

Es evidente que saldremos de este embrollo. Mientras tanto, hoy le he enseñado mis uñas al médico; están muy cuidadas, con un esmalte muy bonito, de un tono beis natural, y él se ha quedado entre perplejo y pensativo, ¿por qué todo esto?

Hace poco estaba en un café en Roma, el Ronzi & Singer. Había un grupo de jubilados que discutían sobre su pensión —no debería hacerse, pero puede suceder que se escuche y se sigan las conversaciones de los demás—, su mesa estaba cerca de la mía y ese café en total solo tiene cinco mesas en la salita del fondo, así que es fácil verse involucrada como en un refectorio. Y entonces los miré y eran bastante feos, pero al no haber nadie en mi mesa que me hiciera compañía, me dirigí a ellos.

Uno de los tres seguía frotándose el índice con el pulgar y, de vez en cuando, con el dedo corazón; tenía los dedos tan lisos, tan blancuzcos y sobre todo tan brillantes, con una especie de capa lustrosa, incluso de sudorcillo, y este podría ser solo un aspecto estético, que es posible que, en parte, me impresionase, pero en cuanto empecé a frotar de la misma manera mis dedos, experimenté una repugnancia tal que no sabría cómo explicarlo; aun así, miré otra vez esas cosas feas, que diría mi madre, es decir, esas feas manos y, en efecto, semejante manera de friccionarse no era precisamente agradable.

A Lung le parecía ver cierta metamorfosis en los dedos, el dedo hinchado, descarnado, sucio y translúcido.

Hubiera preferido leer un periódico, los anuncios, mientras bebía el granizado de café con nata sentada a la mesa.

También hoy ha ido bien, la jornada está a punto de concluir y dentro de poco le darán de comer, como si Lung fuera un animalito, y después le preguntan cómo está, con toda esta benevolencia.

—La señorita está de maravilla y está muy atenta a que no le tendáis ninguna trampa.

Desde el espejo, sigue todos los movimientos de la enfermera felino.

—Disculpe, querida —le pregunta—, pero lleva usted siempre zapatillas de tenis, nunca la oigo entrar. Es verdad que debo descansar, incluso duermo, pero usted, que seguramente tiene con los enfermos cierta familiaridad, y que sabe de psicología, podrá entender que un paso normal, es decir, el ruido de los zapatos con suela de cuero y quizás algo de tacón, siempre que esté permitido, sería para mí preferible y menos ambiguo, es decir, usted entre bien calzada y todo solucionado. A propósito, consiga ese tipo de zapatos para todo trote que llevan los demás, aunque a usted le quedarían bien los mocasines americanos, ya me la imagino, con esa actitud entre severa y sumisa, y esa modestia que no irrita, sobre su cofia no tendría nada que decir, cada cual hace su trabajo, a la peluquería seguro que va poco, querría intentar no hacer comentarios, pero aquí se está muy aislado y sufro un poco de melancolía. ¿Puedo abrazarla? ¿Cómo se llama usted, señora enfermera?

Pero ¿por qué no se va? Lung tendría cierta obligación de quedarse, pero cada cual tiene sus propias obligaciones, y si por casualidad estuviera un poco loca, que es posible, más aún:

—Sabe, señorita Hortensia, los afectos son difíciles, y de los pocos que tengo me enorgullezco, ¿me enseñaría el pelo que tiene debajo de la cofia? Señorita Hortensia, sea una mujer de mundo, ¿aún se dice así? No querría de ningún modo despeinarla, me guardaría muy mucho, no me gustan para nada las brujas, excepto las de porcelana.

Los bibelots de la abuela.

Lung está ahora decidida a meter las manos bajo la cofia y descubrir qué hay ahí debajo y cómo es, de modo que se la quita y ve la cabeza de Hortensia desnuda, un poco deforme y completamente calva, y quisiera acariciársela, pero la enfermera huye, vergonzosa y sonrojada.

—Pero, enfermera, venga aquí, arrodílese y enséñeme bien su cabeza, que me parece muy bien hecha, le he dicho que quería abrazarla, ahora lo deseo inmensamente y me resulta más fácil.

—Señorita Lung, le ruego que me deje marchar, tengo que acabar mi turno, estoy incómoda así, desarreglada.

—¿Desarreglada? Pero cómo puede ser que alguien que tiene la cabeza calva diga que está desarreglada, el desarreglo, en todo caso, tiene un significado bien

distinto, es otra cosa totalmente diferente, usted me asusta, usted quizás no está bien, quizás sea eso lo que quería decirme, yo tendría que estar en sus manos, es decir, en su cabeza, usted debería ocuparse de mí, aquí dentro todos me parecéis memos, y quién sabe si un poco maniacos, ¿o acaso os dejáis influir por personas como nosotros? Ahora, en todo caso, arréglese, para usar su vocabulario, arréglese con orden y con garbo, que si no le parto el cráneo, y buenas noches, enfermera, tráigame la pastilla y la tila.

Esta enfermera mía debería ir en bicicleta, así la seguiría también yo con la Condor (es una bonita bicicleta que tengo desde hace muchos años y que antes pertenecía a mi tío Jochim), así que la sigo por la orilla de un lago, y una vez, por accidente, bajo el agua, y antes entre las cañas, la abrazaré sin que nadie nos vea. La haré beber mucha agua y después volveré a la clínica con dos bicicletas.

Es evidente; para qué podría servirme un garaje si no es para una de esas masacres de película, una trampa para todo el mundo donde un tipo cualquiera aprieta el botón y, si hace falta, estalla todo sin que haga falta ningún tipo...

Fin.

Poco después, Lung se duerme, un largo y profundo sueño, y las trampas se convierten en pequeños objetos lacados en blanco, en versión miniatura.

Me han metido aquí y aquí sigo. Y está la mar de bien. Me llamo Lung L. y no tengo más de veinte años, pero sí una simpática experiencia general. Estamos aquí, en este momento me encuentro en un vagón de tren, tengo mi billete y avanzo.

Sudeste, noroeste.

Hace ya tiempo que estoy en esta clínica. Hablando de clínicas, por ejemplo, en Zúrich, hay una que se llama Bircher-Benner, adonde la gente suele acudir para desintoxicarse, de hecho, desde este punto de vista es una clínica altamente aconsejable.

Y pensar..., y pensar que de joven, de niña, soñaba con hacer un buen recorrido por todas estas clínicas con los amigos, un verano en una, en otra estación quizás en una mejor. Es una clase de vida que siempre me ha interesado, es decir, puede suponer un descanso reconfortante desde todos los puntos de vista, y además se podrían producir extraños encuentros. Siempre que uno tenga recursos comunicativos. Claro que hay que someterse a un control establecido.

Establecida, precisamente allí, está Lung de momento, por una de esas coincidencias que se dan y quién sabe cómo irá la cosa. La terapia de Bircher es quizás un poco enérgica, nos hacen levantarnos tempranísimo por la mañana y tenemos que correr sobre

el rocío descalzos, como ángeles, y nosotros desde ese punto de vista no lo somos.

De hecho, había excluido a Bircher de mis planes y, con el paso de los años, había excluido cualquier tipo de ingreso hospitalario en cualquier clínica, salvo en caso de una apendicitis.

Pues bien, alguna vez habéis tenido que véroselas con una mujer completamente calva, por ejemplo, una mujer a vuestro servicio, calva, bella y vergonzosa, como mi Hortensia, no está mal, mi día de mañana será distinto, me moriría de aburrimiento y casi de languidez.

En cambio, la languidez es tan hermosa bien llevada, me acuerdo de una vez.

La verdad es que estos médicos me aburren, de tanto dormir tengo ganas de dar un paseo.

Por ejemplo, al subir al tren me he fumado un montón de cigarrillos en el reservado, porque nuestro tren es particular, conocía a personas que para explicar una cosa especial decían «extraordinaria»; y suena muy mal, mientras, no sé, decir «corriente» es mucho mejor: por ejemplo, Hortensia sin la cofia pierde todo lo que tiene de corriente.

En el reservado del tren con los asientos de piel se puede reflexionar agradablemente y se va de una esta-

ción a otra con alegría, aunque sin exagerar. Es probable que el jefe de estación haya advertido la marcha de Lung, en vista de que solo una estación después sube el médico para hablar con la paciente. ¿Cómo escapar de las obligaciones?

He hablado con esa persona en el compartimento; como de costumbre, espera que yo empiece una conversación cualquiera, o saque un tema de mi elección, yo temas tengo, pero ¿sobre qué podríamos hablar?

Estas estaciones de campo reconstruidas tienen su encanto, miro por la ventanilla y de vez en cuando le sonrío por delicadeza. Los colores invernales son hasta bonitos.

—¿Ha dormido bien, señorita Lung?

—Estoy bien, gracias, ¿y usted?

Y nos sonreímos.

Recíprocamente.

Me encantaba aquella línea de ferrocarril que llega a los glaciares, la más alta del mundo, un bonito progreso, los bancos en el hielo, en el túnel, estaban hechos de enormes bloques de hielo y podías sentarte encima.

Nos apeamos juntos en una estación realmente desagradable, con parterres de flores alrededor y palmeras altas y ridículas en el medio, parece todo recortado, falta un castillo y ya lo tendríamos todo, ¿verdad, doctor?, como en el Loira, con todos esos castillos que uno se ve obligado a visitar con gafas oscuras.

—Pero en este maldito pueblo no hay charcos, uno no tropieza nunca, para qué sirven mis botas, dígamelo, y ni siquiera llueve, oiga, doctor, hágame un favor, encárgueme un charco hexagonal y dígale al jardinero que lo llene de lombrices.

Si no hay charcos y Lung sigue los senderos y su padre se volvió a casar en 1947, y si Lung se parece a un tipo, a un tipo que se parece a ella, y si ese tipo tiene diabetes y si Lung es linfática, Lung permanece en la terraza y piensa.

En el fondo del sendero, Felix y Hans van de la mano como dos cretinos y no advierten que Lung los observa y recuerda los años felices, es decir, el *temps jadis*, cuando hacían viajes maravillosos, hasta que se pusieron enfermos a la vez, solo que a Felix la convalecencia se puede decir que le duró toda la vida.

Pero cómo convencer a las autoridades de un cambio de persona, de un juicio temerario, de una toma de posición insensata, sea cual sea la presunta enfermedad. El diagnóstico y, en consecuencia, la convalecencia pueden durar toda la vida.

Por una innata predisposición a confundir las ideas claras e incluso elementales, a Lung le sobreviene una inmensa exasperación vital. Se desnuda frente al espe-

jo, se mira, se toca, se modifica, al modificarse Lung, ¿qué queda? Una gran ele y después otra, conformando las dos eles un cuadrado, y entonces no sirve para nada, porque Lung, llegados a este punto, ya no sigue.

El comentario.

Con el dedo en la boca, le gusta acordarse de ella misma chupándose el pulgar, como si tuviera que volver a dormirse. Cuando llueve, se mete en la cama, se deja ir por un laberinto en bajada, se enternece con el dedo en la boca y no necesita nada, salvo volver a subir, si tuviera un ojo muy redondo, parecería una demente, se aleja y con la otra mano atrapa en el aire las huellas de la memoria y construye puzzles inmensos. Por contagio.